

El otro Sol

Arella, Daniel Antonio

En el desierto de Ödice, así convivíamos: viendo cómo se calcinaban nuestros ancestros. *La maceración de las cruces*, le decía Tobías, cuando emergió la harina de aquellos hornos monumentales, osamentas pulverizadas de restos de cuerpos que quedaban amontonados. El calentamiento progresivo del suelo había hecho hervir los pies, las piernas, incinerando los hilachos de ropa hasta que se consumían por completo. El volcán era de carne, la sangre de lava. El fuego persistía y emergía de los poros, lanzallamas por las pupilas.

A Tobías lo vi arder como si lo hubiese preñado el fuego hasta que estalló en medio de todos. Antes de morir, nos enseñó a fabricar la famosa harina —que heredamos de las civilizaciones antiguas— pa-

ra hacer lo que llamaban *Jarepa*, un disco blanco de masa parecido a un sol al mediodía; era nuestro único alimento. El canibalismo nos hizo sobrevivir sólo una etapa, pero el ejercicio carroñero nos permitió crear una comunidad nómada en Ödice como no se había visto nunca en otro desierto, desde que emergió —¡inconcebible!— el Otro Sol oculto del centro de la tierra —*como la pulpa de una fruta que es extraída*—; días después de que el Sol del espacio se extinguíó, casi como se apaga una vela antes de dormir. Tobías, antes de incinerarse, nos enseñó a sobrevivir al fuego, a llevar las quemaduras con dignidad, a resistir en medio de la nada de magma, viendo al Otro Sol hundirse en el lago infernal. En Ödice la noche se lleva por dentro.